



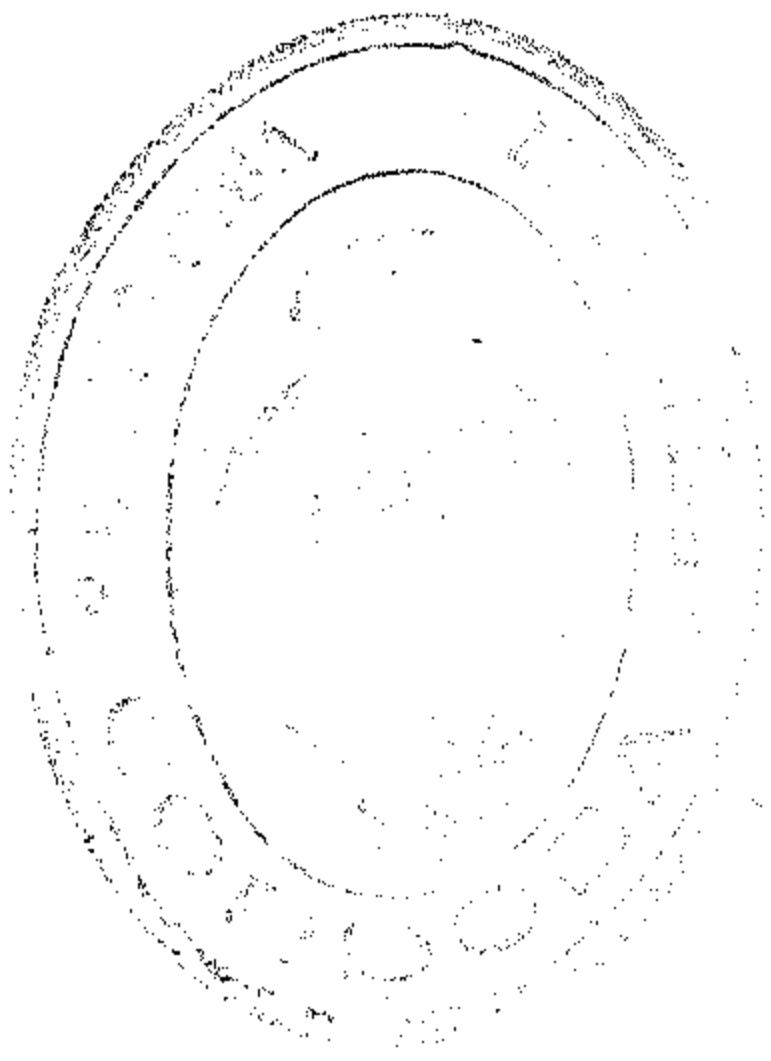
*Al Sor. D.<sup>n</sup> Manuel de Bedmar*

*Como muestra de afectuoso respeto,  
su discípulo,*

*el Autor*

**HERNAN CORTÉS.**

(CUADRO DRAMÁTICO.)



4100 20/11/11

45-11

68-129

86259  
9

# HERNAN CORTÉS,

XIX  
1580

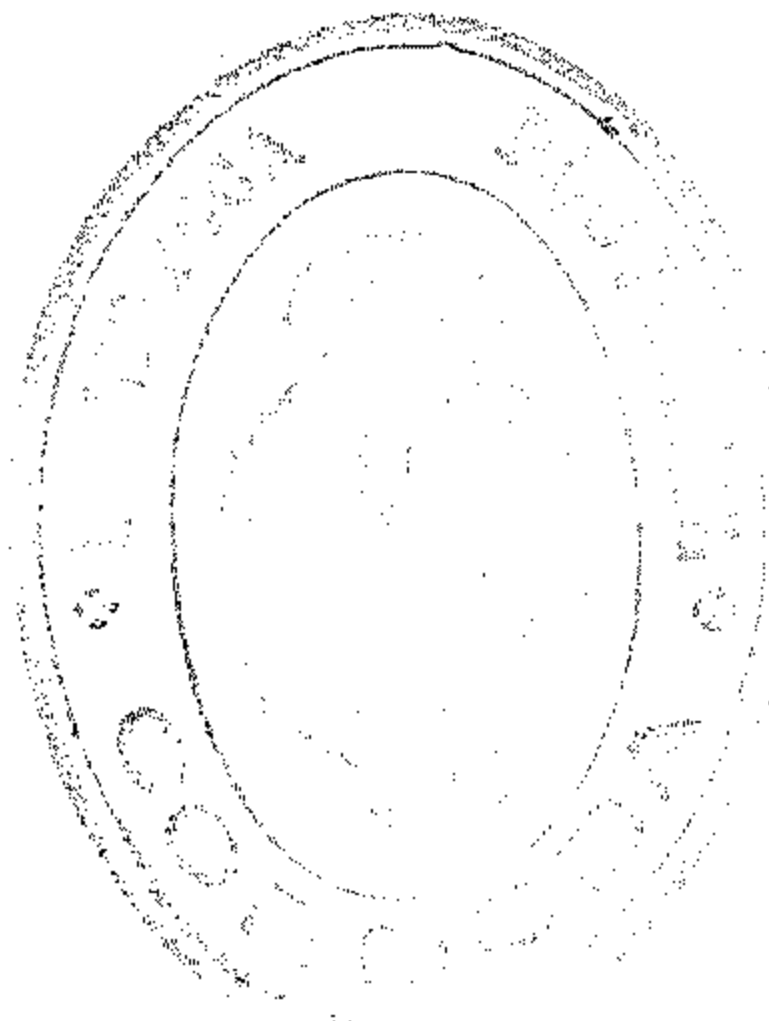
## CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

## DON CÁRLOS JIMENEZ-PLACER.

Representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de Variedades, en la noche del 18 de Noviembre de 1867.



---

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

*Reg. n.º 5.813*

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

BEATRIZ (penitente)..	SRAS. D. <sup>a</sup> ENRIQUETA LIRON.
INÉS.....	MARIA RUIZ.
HERNAN CORTÉS....	SRES. D. JOSÉ MATA.
MIGUEL QUIJADA....	ANTONIO PIZARROSO.
FRAY PEDRO DE ZAL- DIVAR, abad de San Isidro del Campo....	MANUEL VEGA.
MARTIN CORTÉS....	JUAN MELA.
PEDRO ASTORGA. . .	RICARDO CALVO.

---

Castilleja de la Cuesta. 2 de Diciembre de 1547.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Cullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

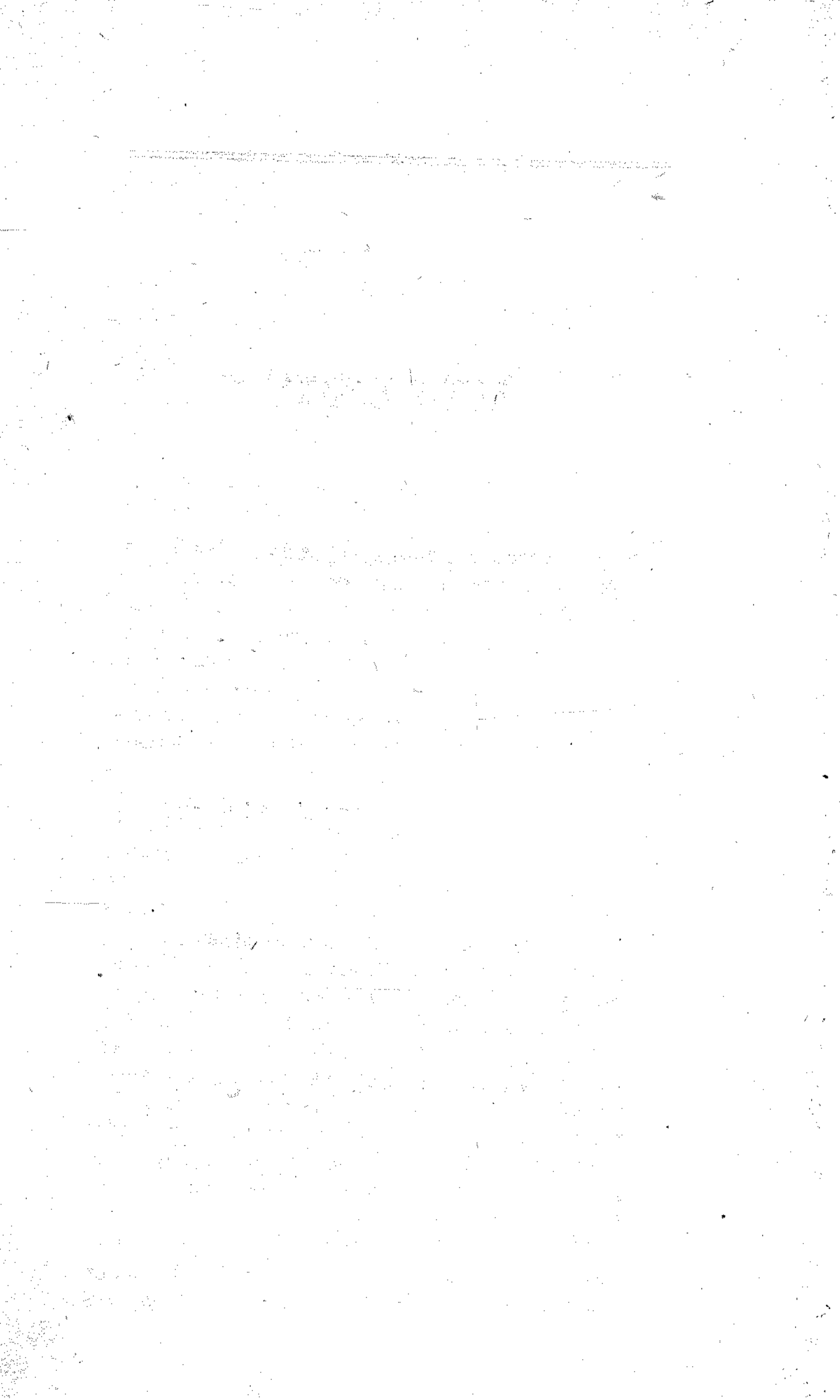
**À LA MEMORIA**

**DEL INFORTUNADO ARTISTA ESPAÑOL,**

**D. CÁRLOS MARIA ESQUIVEL,**

Su amigo del corazón,

*El Autor.*



---

---

## ACTO ÚNICO.

Sala de la casa que poseía el jurado de Sevilla Don Alonso Rodriguez en Castilleja de la Cuesta.—Tres puertas: una en el muro lateral de la derecha (actor) que conduce á la calle, y dos en el de la izquierda que dan al interior de la casa: la segunda de ellas con cortina.—Una ventana que promedie la pared del foro, dejando ver otro muro bajo, iluminado por el sol poniente. Sobre el dintel de la ventana, una vara de hierro, y cogida en ella una tela oscura.—En segundo término derecha, un lecho de nogal de época con colgadura, en la que habrá bordado el escudo de Cortés.—Al lado opuesto, frente á la cama y contra la pared del foro, un reclinatorio tambien de nogal, tallado, gótico, y sobre él un retablo de puertas, con las pinturas de una Virgen, un San Pedro y un San Pablo, estilo flamenco.—Una mesa y dos sillones de brazos con asientos y espaldar de baqueta, uno á cada lado de aquella, de época, en el primer término izquierda; y sobre la mesa un crucifijo, un tintero, papeles, libros en pergamino, una esfera y cartas geográficas.—Colgado del muro lateral de la derecha, entre la puerta de salida y el lecho, un trofeo de armas indias del tiempo de la conquista.—Algunos bancos prudencialmente distribuidos por la escena.

Al levantarse el telon, se dejará oír durante algunos instantes la armonia lejana de un laud. Inés, que aparece sentada en el sillón contíguo á la mesa, con



los brazos apoyados en ella, y sobre sus brazos la cabeza, dice como despertando:

## ESCENA PRIMERA.

INÉS.

Aun es de día.—Los ojos  
se me cierran sin querer.

(Se levanta.)

Un mes hace que llegamos  
á Castilleja, y un mes  
que nada evita el rigor  
de la enfermedad cruel  
que amortigua la existencia  
del egregio Hernan Cortés.

(Se dirige á la ventana, y mirando por ella dice:)

Allí está: del sol poniente  
con anhelo se le ve  
disfrutar. El tibio rayo  
sobre su frente al caer,  
aun presta calor benéfico  
al frío de su vejez.

¡Cuán pesaroso!... ¡Si Dios  
quisiera un milagro hacer!...

## ESCENA II.

INÉS y ASTORGA, entrando por la derecha.

AST. ¡Albricias!

INES. ¿Qué ocurre?

AST. Mucho.

INES. Hable el paje.

AST. Sí hablaré,  
pero ruego á vuesarcé  
que preste atención.

INES. Ya escucho.

AST. Para no causar enojos,  
sí á enojos amor provoca,  
lo que no diga mi boca

- lo escuchareis de mis ojos.
- INES. No sigais.
- AST. ¿Por qué razon?
- INES. Si con franqueza he de hablar,  
por que no os ha de prestar  
oidos mi corazon.
- AST. Labrais la desdicha mia.
- INES. Culpad á vuestra torpeza;  
donde reina la tristeza  
es sarcasmo la alegria.
- AST. ¿Dáisme así leve esperanza?...
- INES. Hermanad con la prudencia  
la paciencia, y con paciencia...
- AST. Ya estoy...
- INES. El cielo se alcanza.
- AST. Me regocija un consuelo;  
pues si paciencia me sobra,  
el término de mi obra...  
(Con apasionamiento.)  
será entrar en vuestro cielo!
- INES. ¿Insistis?... (Contrariada.)
- AST. Pues lo quereis,  
y la obediencia me toca,  
cosida estará mi boca  
si vos no la descoseis.
- INES. Debo, seor paje, indicar,  
y así se evita el error,  
que en no hablándome de amor,  
podéisme de todo hablar.
- AST. ¿Sigue mejor el paciente?
- INES. Como ayer.
- AST. ¿No ha mejorado?
- INES. Por desgracia.
- AST. ¿Y á su lado  
se encuentra la penitente?
- INES. Ejerce la caridad,  
y á ejercerla aquí ha venido.
- AST. ¿Cómo la habeis conocido?
- INES. ¿Quereis saberlo?... Escuchad.  
El mal siempre lo comparte  
con quien está el mal sufriendo,  
y de limosnas viviendo,

lo que le sobra, reparte.  
Su bondad es evidente,  
quien la conoce la ama,  
que es un ángel, á quien llama  
el vulgo la penitente.

Fija su vista en el cielo,  
bebe en él la inspiracion,  
y es fuente su corazon  
de inagotable consuelo.

En la experiencia me fundo:  
hay seres privilegiados  
que viviendo recatados  
los conoce todo el mundo.

Cubiertos de bendiciones,  
nunca olvida la memoria  
á los que escriben su historia  
con benéficas acciones.

De este modo, á esa mujer,  
que Dios inspira sin duda  
prestándole santa ayuda,  
he llegado á conocer.

La fama se queda atrás,  
que en cuanto escuché y escucho,  
aunque de ella dice mucho,  
se merece mucho más.

AST. Pláceme sobremanera  
que en su lecho de dolor,  
preste á mi noble señor  
auxilios esa enfermera.

Vuestro enojo no provoco,  
bien le atendeis y él lo sabe;  
pero su mal es tan grave  
que todo cuidado es poco.

INES. Dos seres hay en el mundo  
por quien siente el alma mia  
una ardiente simpatia,  
un amor santo y profundo.

Mi padre el primero es,  
pero en mi amor filial,  
sabe que tiene un rival:  
el muy noble Hernan Cortés.  
No le importa: así pagamos

una deuda contraída.  
Á Dios debemos la vida;  
á Hernan Cortés que vivamos.  
Que por su bien se procure,  
plácenos mucho, y tememos,  
no que muchos le cuidemos,  
sino que Dios no le cure!  
AST. Sois un ángel.

INES. Soy mujer  
agradecida, y no más.

AST. Sois otra cosa ademas...

(Con intencion amorosa, á que Inés contesta con una mirada severa.)

Me callo: cómo ha de ser!

(Noto que mis esperanzas  
habrán de morir en flor,  
puesto que muere mi amor  
de plétora de alabanzas.)

—Mi señor su testamento  
durante mi breve ausencia  
lo terminó?

INES. En mi presencia.

AST. Lejos estuve y lo siento.

INES. ¿Sois avaro?

AST. ¿Yo?... Qué horror!...

Limpio estoy de ese pecado.

INES. Nuevas mandas ha ordonado...

AST. (Con interés.) ¿Para quién?...

INES. Para el doctor.

AST. ¡Es muy justo!... (Aunque ese medio  
yo nunca empleado hubiera,  
porque si el doctor se entera  
lo mata sin más remedio.)

INES. (Como recreándose en la ansiedad y codicia de Astorga.)

Tambien presente ha tenido...  
á Diego Gonzalez.

AST. ¡Ya!

INES. Veinte ducados le da.

AST. Los merece.

INES. Y un vestido.

AST. Sus carnes se cubrirán,

que no es justo ni cristiano,  
que use el traje de verano  
que usó nuestro padre Adán.  
—¿De mí se acuerda?

INES. Y de mí.

AST. Á mi señor quiero tanto,  
que vierto copioso llanto  
desde que enfermo le ví.  
(Un hombre así, que no hay dos  
de tanta fama en la historia,  
debe gozar de esta gloria  
y de la gloria de Dios.)

—Mi enhorabuena cumplida  
os doy si os deja dotada.

INES. El dote que más me agrada  
es el dote de su vida.

AST. De este mundo entre los buenos  
que me cuenten es mi afán;  
pero no olvido el refrán:  
los duelos con pan son menos.  
—Alguien viene, y no es prudente...

INES. Cerrad, Astorga, la puerta  
si la habeis dejado abierta.

AST. (Se dirige á la puerta derecha, y en el momento de  
llegar á ella, aparece Doña Beatriz, ante la cual se  
inclina diciendo:)

Pasad.

(Cierra y se retira por la puerta segunda izquierda  
cruzando la escena.)

INES. ¿Quién?... ¡La penitente!

### ESCENA III.

INES y DOÑA BEATRIZ.

INES. ¡Doña Beatriz!

(Corriendo á su encuentro y abrazándola.)

BEAT. Buenas tardes.

INES. Impaciente os esperaba.

BEAT. ¡Cómo agradece esa prueba  
de correspondencia el alma!

(Besándola en la frente.)

Ayer, cuando los umbrales  
pasé de esta honrada casa,  
á ser útil, Inés mia,  
vine y no más.

INES. Encargada  
quedareis por mí esta noche.

Llevo ya tantas veladas!...

BEAT. ¿Sigue el enfermo peor?

INES. Remedio su mal no halla.

Y qué mucho, si agobiado  
por hondas penas amargas,  
junta á los males del cuerpo  
las heridas de su alma!

La magestad imperial,  
con ingratitudes paga  
los eminentes servicios  
que otro tiempo le prestara.

BEAT. ¿Qué decís?

INES. Que con nobleza

en los campos de batalla  
por ensanchar sus dominios  
derramó su sangre hidalga;  
y no es extraño que enfermo  
sienta la muerte en el alma,

viendo que en este rincón  
su triste vida se apaga,  
el esforzado caudillo

para quien fué estrecha España.

BEAT. ¿Sirvió al noble Carlos Quinto?

INES. Sus portentosas hazañas  
relatar es imposible.

Capitanes de su talla  
son el asombro del mundo  
y el orgullo de su patria.

BEAT. Y el emperador...

INES. Pagóle  
muy mal, é injusticia tanta  
al enfermo preocupa,  
viendo que la cortesana  
envidia ha prevalecido  
menoscabando su fama,  
ó mejor dicho, intentando

sin razon menoscabarla.  
BEAT. Entónces no me sorprende  
el estado en que se halla,  
porque habeis dicho muy bien:  
si su corazon traspasa  
la herida de un desengaño  
que su existencia acibara,  
más que los males del cuerpo  
hay que temer los del alma!

INES. ¿Vos tambien?...

BEAT. Tristes memorias.

el corazon me desgarran,  
y una fatal coincidencia  
á mi espíritu la calma  
roba, mi atencion fijando  
en las miserias humanas.

—Si mal no escuché, habeis dicho:

*«Capitanes de su talla  
son el asombro del mundo  
y el orgullo de su patria!...»*

INES. Así dije.

BEAT. (Preocupada.) (¡No es posible!)

INES. ¿Qué os sucede?

BEAT. ¡Nada! Nada!

(Si fuera él... Lo repito,  
no es posible!... Su desgracia  
tan grande no puede ser  
que asi su esplendor abata!...)

(Vuelve á escucharse la melodia del laud, la cual se  
extinguirá á los pocos instantes.)

¿Un laud?...

#### ESCENA IV.

DICHAS y ASTORGA, que se presenta en la puerta izquierda  
con luz.

AST. ¿Dáisme licencia?

INES. Entrad. ¿Y la noche?

AST. (Dejando el velon de cobre en la mesa.) Clara,  
azul, mas fria.

INES. ¿Y le cuidan...

AST. Distraerle solo tratan,

y esa armonia parece  
que sus tristezas espanta.  
No en vano latinicos versos  
hizo escolar en el aula;  
y algo quedó en el que antes  
pulsó el laud que la espada.  
Mas, tan enfermo...

INES.

AST.

BEAT.

AST.

Su hijo...

(¡Dios mio!)

Su capricho acata.

Le ve morir, ¿y qué otra  
manera de hacer más larga  
su existencia?... Le complace:  
muriendo el laud abraza,  
y á par que sus cuerdas vibra  
el llanto á su pecho arranca.

BEAT.

INES.

BEAT.

¡Gran Dios!...

¿Qué os pasa, llorais?

No os inquieteis: estas lágrimas,  
la ofrenda son que á un recuerdo  
tributa dolida el alma.

AST.

BEAT.

INES.

¿Serviros puedo?

¡Imposible!

Dejadnos.

(Á Astorga, que se retira por la misma puerta se-  
gunda izquierda.)

BEAT.

¡Oh!... gracias! gracias!...

## ESCENA V.

BEATRIZ é INÉS.

INES.

Desahogad el triste pecho,  
y si en el pesar que os hiere  
á una amiga leal que os quiere  
le concedéis el derecho  
de compartir la afliccion  
que el espíritu os fatiga,  
llorad: yo soy esa amiga  
que os quiere de corazón.  
Á tanta solicitud  
me obligásteis en un día.



BEAT. ¡Misteriosa simpatía  
del dolor y la virtud!  
¡Pobre Inés!... Cándida flor,  
que empieza á vivir apenas!  
¿Qué anhelas saber de penas  
ni sufrimientos de amor?  
De esa aurora á los reflejos  
gozad en risueña calma;  
hay tempestades que al alma  
hacen daño hasta de lejos!  
¿Ni qué he de deciros yo  
ni qué podriais comprender  
del llanto de una mujer,  
que ha muerto!...

INES. ¿Qué ha muerto?

BEAT. ¡Oh!

INES. Dió al mundo su despedida.

BEAT. Mas, vive...

INES. ¡Ay! Tanto llora,  
que la desgraciada ignora  
si es vida vivir sin vida.

BEAT. ¿Tan sola en la tierra estuvo?

INES. Al nacer murió su madre,  
y allá en la guerra su padre  
siempre, ó en la córte, no hubo  
ni el tierno afecto que dió  
á la humanidad la vida.  
Y ella, para amar nacida,  
sola en el mundo se vió.  
Una vez...

BEAT. Seguid.

INES. Solo una!

BEAT. Y ¡ay triste! Que á Dios pluguiera  
su muerte entónces; que fuera,  
corona de su fortuna.

—Una tarde, como en sueños  
de una delicia ignorada,  
de música regalada  
los sonos oyó halagüenos.  
Y á acordes tan seductores  
una voz que conmovida,  
cantaba dulce y sentida

bella cántiga de amores.  
Perdió su pecho la calma  
rota su cárcel estrecha,  
y como vuela una flecha  
voló á las rejas el alma.  
Estaba allí el trovador,  
su altiva frente envolvía  
del astro rey que moría  
el fugitivo esplendor.  
Contra su pecho apretaba  
el laud, y con denuedo  
larga espada de Toledo  
pendiente al cinto llevaba.  
Por su apostura y su traje,  
que loba y ropon vestía,  
una infanta le hallaría  
sin rival para su paje.

INES. ¿Era estudiante el cantor?

BEAT. De Salamanca.

INES. Ella...

BEAT. Era

la dulce ocasion primera  
que llamaba á su alma amor,  
y le rindió el albedrío.  
Cual flor que tras de la noche  
abre ruborosa el broche  
de su cáliz al rocío.

INES. Seguid.

BEAT. Sus horas desiertas  
ya encontraron más espacio;  
mas un dia de aquel palacio  
llamó un anciano á las puertas.  
Era el conde: era su padre.  
¿Qué le traía al volver?  
Era á quien debía el ser,  
la sombra era de su madre.  
Recuerdos santos y bellos  
de amor sus únicos lazos.  
El conde le abrió los brazos  
y ella, de amor, lloró en ellos!  
—«Llora: que esposo y señor  
»vengo á darte, con afan,

»dijo:—del gran Capitan  
»es deudo el Comendador  
»que solicita tu mano,  
»á quien ayer la he ofrecido.  
»Tiempo es que tengas marido  
»pues ya tu padre es anciano.»—  
Abismada, muda, inerte,  
como por un rayo herida,  
su alma oyó estremecida  
esta sentencia de muerte.  
Hablar quiso y tuvo miedo,  
y á sus pies cayó de hinojos.  
—«¿Qué respondes?»— Con enojos  
el conde exclamó.—«¿No puedo!...»  
Y tras esta negacion  
que al honor abria un abismo,  
escuchó horrible allí mismo  
una impia maldicion.  
Vino la noche: inquietud  
tan grande jamás pasó;  
oir un laud creyó,  
y en vez de oir un laud,  
un rumor sordo á su oido  
llegó de voces y espadas,  
y frases entrecortadas,  
y un socorro, y un gemido!...  
Bajó á la reja: temblando  
los vidrios abrió, y la luna  
de sangre en roja laguna  
mostróle á un hombre espirando.  
Era el estudiante!...

INES.

BEAT.

No.

¿Él corria!

INES.

¿Corria?

BEAT.

Corria,

y, adios!... adios!... le decía.  
Al comendador mató.

INES.

¿De celos?...

BEAT.

¡Ay, no lo sé:  
y juzguen de ellos los cielos!  
¿Cómo, Inés, si fueron celos  
no tornó?...

(Se oyen fuera lentos, acompasados, pero fuertes, tres golpes en la puerta derecha. Los golpes se repiten un momento despues, cuando lo indica el diálogo.)

INES.

Han llamado.

BEAT.

¡Qué?

(Con sobresalto, y notando avergonzada la presencia de Astorga.)

(¡Jesus!)

AST.

(Que ha aparecido en la escena en el momento de sonar el primer golpe.)

Llamaron.

INES.

(Á Astorga, que permanece inmóvil.) *Abrid.*  
¿Qué os detiene?

BEAT.

(Si escuchando...)

INES.

¿No ois que siguen llamando? (Á Astorga.)

(Á Beatriz con dulzura.)

—Conmigo adentro venid.

(Vánse puerta primera izquierda.)

(Astorga, que ha llegado entre tanto junto el dintel de la puerta derecha, en la que han resonado los golpes, vuelve á detenerse en ella contemplando con maliciosa sonrisa á Beatriz, que sale con Inés.)

## ESCENA VI.

ASTORGA.

¡Es ella! De llanto llenos  
sus ojos, su turbacion...

No sufre así el corazon  
por los dolores ajenos.

Que el cielo su padecer  
plegue calmar condolido.

¡Por Dios, que me ha conmovido  
la historia de esa mujer!...

¡Cuán apuesto continente!

¡Es la penitente bella!...

—Perdona, Inés, mas por ella  
era Astorga penitente.

(Vuelven á sonar los golpes en la puerta derecha.)

ESCENA VII.

ASTORGA, y poco despues QUIJADA.

AST. ¿Quién llama?

QUIJ. (Dentro y con enojo.) Quien entrar quiere,  
¡voto á cien legiones de!...

AST. ¿Jurais?

QUIJ. ¡Buen hombre, abrid pronto!  
Abridme por San Andrés!

AST. Si no temiera... (Abre.)

QUIJ. (Entrando.) Acabárais.  
¡Buenas y santas!... ¡Pardiez!...

(Mirando con extrañeza el techo, paredes y mobiliario.)

He equivocado las señas  
ó no me las dieron bien.

AST. ¿Quién sois?

QUIJ. Un pobre soldado,  
viejo, y de nombre Miguel.  
¿Qué más se os ofrece?

AST. Hablad  
mas bajo si os place.—¿Á quién  
buscáis?

QUIJ. Yo, busco... al diablo!  
¿Qué os importa?

AST. ¿Qué poneis  
á que os hago, mal que os cuadre,  
seor soldado, enmudecer?

QUIJ. ¡Já!... já!... já!...

AST. Salid.

QUIJ. Las paces  
conmigo, rapaz, haced,  
y en razon me contestad  
á lo que quiero saber.

¿Quién vive aquí: el arcediano  
ú el procurador del rey?

AST. Si es para hablarle, imposible,  
que enfermo está; mas no es  
quien vive aquí, ni arcediano  
ni procurador del rey.

- QUIJ. (Señalando los objetos.)  
Aquel retablo, y el Cristo  
que en esta mesa se ve...
- AST. Prendas son que adora el alma  
que en la fe alienta.
- QUIJ. Así es.
- AST. Ella de grandes empresas  
estímulo siempre fué:  
sin ella en este rincon  
no existirían tal vez  
para gloria del que aun vive,  
y mengua de, no sé quién,  
ese trofeo; que en nueva  
(Señalando á las armas indias.)  
conquista alcanzó la fe.
- QUIJ. (Que contemplándolas un instante, corre hácia ellas.)  
¡Por nuestro apóstol San Pedro  
dejad que le mire bien!...
- AST. (¡Qué sospecha... Dios, al cabo,  
habrá tocado esta vez  
el imperial corazón?...)
- QUIJ. (¡Me abismo, dudo: sí, es él!...)  
(Volviéndose con rapidez y asiendo de un brazo al  
paje, baja con él al proscenio.)  
Contestad: buscando vengo  
al bizarro Hernan Cortés.  
Vos, le conocéis?...
- AST. Le sirvo.  
Está en su casa usarced.
- QUIJ. (Impresionado, recorre de nuevo con una mirada la  
estancia, y exclama.)  
Dejad que me asombre!
- AST. ¿Cómo?...
- QUIJ. ¿No sois español?
- AST. Sí á fe.
- QUIJ. ¿Le habeis tratado?
- AST. Diez años  
con él he servido, diez.  
Con él á las Indias fuí,  
el Pacífico crucé,  
y voluntario en Italia  
aprestéme para Argel.

- AST. ¿Qué deseais?  
QUIJ. ¡Por mi alma!...  
Verle, abrazarle, y despues  
si pobre está... (Metiendo mano á la escarcela.)  
AST. ¡Seor soldado!  
QUIJ. Perdonad.  
AST. No ha menester...  
QUIJ. Soldado, aunque viejo y rudo,  
mi espada pondré á sus pies.  
AST. Él llega.  
QUIJ. Corro...  
AST. (Deteniéndole.) Un momento.  
Mirad cuál le traen: ved  
que está muy grave: si súbito  
ante él os mostrarais...  
QUIJ. ¿Qué?  
AST. Que á veces mata el pesar  
ménos pronto que el placer. (Váse.)

## ESCENA VIII.

QUIJADA, CORTÉS, el ABAD y MARTIN.

Cortés ha aparecido, cuando lo indica el diálogo anterior, con la faz baja; débil y penoso el paso; rodeado del Abad y D. Martin, que le prestan apoyo.

El ilustre enfermo avanza así hasta el sillón contíguo á la mesa sin notar la presencia del soldado que desde el ángulo opuesto parece contemplarlo con un dolor mezclado de asombro y respeto. Cuando ha tomado asiento, Quijada le dirige la palabra, «Señor,» y adelanta hácia él; dejando siempre una distancia conveniente entre ambos.

- QUIJ. (¡Cuán mudado se encuentra? Me estremezco  
su abatimiento al ver!...)—¡Señor!...  
CORTÉS. (Levantando la cabeza.) ¿Quién eres?  
QUIJ. Una noche, rugia embravecido  
terrible el huracan; sordo zumbaba  
del trueno el estampido,  
y del fugaz relámpago la lumbre

la oscuridad rasgaba.  
El mar alzando sus soberbias olas  
combatía los débiles costados  
de las osadas naves españolas,  
que el rumbo dirigían  
á las costas de Argel. Amedrentados  
los pobres tripulantes,  
de angustia y pavor lleno  
el antes bravo corazón sereno,  
temían por instantes,  
sin poder ni luchar, verse lanzados  
del hondo mar en el profundo seno.  
De pronto, aun más sombría  
la noche se tornó. Ya de las naos  
ni aun la forma se vía.  
Negro el mar, negro el cielo, parecía  
que iba á volver el universo al caos.  
Rasgóse el firmamento:  
horrible exhalación cruzó incendiaria,  
y en el mismo momento  
se oyó una imprecación y una plegaria.  
El rey seguía con empeño ansioso  
la maniobra... y vos, vos, casi ahogado  
en mis brazos...

CORTÉS. (Que se habrá levantado despues de una creciente exaltación.)

¡Sí!... sí!... Dios poderoso!  
Eres tú el esforzado  
que de la mar airada  
me salvó?...

QUIJ. Sí: yo soy Miguel Quijada.

CORTÉS. ¡Un abrazo Miguel!

QUIJ. ¿Cómo os encuentro?

CORTÉS. solo, señor, y enfermo y abatido?

QUIJ. ¡Mudanzas de la suerte!

QUIJ. ¿La suerte contra vos?

CORTÉS. ¡Dios lo ha querido!...

Yo, codicioso de grandeza y gloria,  
empresas de Titan más que de hombre  
mil veces llevé á cabo,  
porque un día la historia  
consagrarse una página á mi nombre.



Yo la idea de Dios á un pueblo esclavo  
llevé tambien. Por mí de Cárlos Quinto  
hoy el poder asombra á las naciones,  
y por mí su corona

hoy cuenta más estados que florones.

¡Y todo ha sido en vano!

La envidia, la procaz maledicencia,  
la ingratitud, en fin, del soberano...

QUIJ. ¿Acudisteis al rey?

CORTÉS. He acudido

una, dos y más veces.

(Señalando un pliego sobre la mesa.)

Hoy mismo, este escribia  
último memorial, no concluido.

QUIJ. ¿Y el rey?...

CORTÉS. Mira.

(Manifestando la soledad en que vive.)

Cortés, aquel que un dia  
de Méjico señor, ganó un imperio,  
y preteccion á reyes concedia,  
hoy casi sin sustento y sin abrigo  
implora en un papel que el llanto baña  
la mezquina limosna del mendigo.

¡Baldon y mengua para el rey de España!

QUIJ. No es, señor, el monarca  
el envidioso vil de vuestra gloria  
que el mundo llena y su extension abarca.  
No es el monarca, no. Como vos, héroe,  
glorioso como vos, su nombre, sabe  
que de este mundo en la extension no cabe.  
Mendoza...

CORTÉS. ¡Miserable!

QUIJ. Aprovechando  
la enfermedad horrible que os aqueja,  
dice que sois inútil para el mando,  
que sin vigor la enfermedad os deja.

CORTÉS. ¡Dios de Dios! ¡Sin vigor? Igual que un dia  
cayó Guatimozin, hoy al impulso  
de mi brazo caeria  
quien tal calumnia contra mí propala.  
¡Vive Dios! ¡Todavía  
soy el Cortés de Otumba y de Tlascalala!...

¿Inútil yo?...

(Corre al trofeo, y descolgando un hacha, baja con ella líbido y descompuesto.)

Ve y dile al soberano [mano que aun vive Hernan Cortés, y que aun su

(El esfuerzo agota las fibras del enfermo. Vacila, quiere resistir, y no es posible. Entónces, notando su impotencia, con el último violento esfuerzo rompe el arma, que arroja lejos de sí, volviendo al sillón desalentado. Estúdiense.)

rompe pujante la ferrada maza que los dobles arneses despedaza!

QUIJ. Así, señor, así; mostrad el fuego que en vuestras venas generosas arde. Yo al monarca veré, yo con mi ruego lograré para vos...

CORTÉS. (Casi postrado.) Miguel, ya es tarde.

QUIJ. No: acabad vuestro pliego, yo haré que llegue al rey.

CORTÉS. Miguel querido, te engaña la amistad; fuí respetado cuando un reino les dí, mas hoy que pido, mi gloria y mi valor dan al olvido. Son hombres, no los culpo.

QUIJ. La desgracia amortigua la fe de vuestro pecho. Acabad de escribir y...

CORTÉS. Terco eres, mas puesto que lo quieres, á terminar mi instancia me decido. No dirás que no he hecho el único favor que me has pedido. —¿Dónde íbamos, Martin?—Mas levantado estais, señor?.... (Al Abad.)

ABAD. Seguid.

CORTÉS. ¡Ay, cuánto os debo!

ABAD. No digais tal.

CORTÉS. Mirad si resignado mis pesadumbres y dolores llevo.

(Durante estas últimas frases, Martin ha tomado asiento junto á la mesa, frente á Cortés, disponiéndose á continuar la escritura del memorial comenzado.)

MARTIN. (Leyendo.) <sup>1</sup> «El marqués del Valle suplica á  
»Vuestra Magestad se acuerde...» (Cortés le  
hace seña de que pase adelante, que vaya solo á lo  
que importa; y Martin continua.)

MARTIN. «Sujetó en Nueva España á la corona real  
»muchas provincias, cibdades, villas é luga-  
»res, las que no gobernó, por darlas Vues-  
»tra Majestad á quien fué servido. Por tan-  
»tos servicios, el veinte y nueve en Toledo,  
»Vuestra Majestad le hizo merced del títu-  
»lo de marqués...»

CORTÉS. (Interrumpiendo )

¡Que no quise aceptar, porque creia  
que no era á mis méritos bastante,  
que otra paga el servicio merecia!  
Y el rey me contestó... Sigue adelante.

MARTIN. (Continúa.) <sup>2</sup> «Lo que os doy, no es, ni vos lore-  
»cibais por final paga de vuestros servicios,  
»porque yo no estoy informado de las cosas de  
»allá, y entre tanto quiero me haber con vos co-  
»mo los que se muestran á jugar á la ballesta,  
»que los primeros tiros dan fuera del terrero,  
»y de allí enmiendan hasta dar en él.—Y pues  
»fasta tanto no se os quita ni se os ha de qui-  
»tar nada de lo que teneis, recibid lo que ago-  
»ra os doy en patrimonio, porque parezca que  
»comienzo á haceros alguna merced.—Y en-  
»tonces aceptó.—Mas fué á Nueva España, y  
»no solo no le cumplieron la dicha merced,  
»sino que le quitaron algo de lo que tenia.—  
»Por mandato de Vuestra Majestad, abaste-  
»ció muchos navios, gastando en ello más  
»de ciento veinte mil ducados, que no le  
»pagaron, aunque Vuestra Majestad decia  
»que habia dado orden para ello.—Item.

---

1 Histórico. Copiado del que existe en el archivo de Indias de Sevilla. Puede verse tambien en la *coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, publicada por Sainz de Baranda y Navarrete.

2 Lo que va en bastardilla se suprime en la representacion.

»Enviando á estos reinos por su familia, y  
»para esto treinta mil y tantos castellanos  
»de oro, Vuestra Majestad tuvo á bien ser-  
»virse de ellos, recibiendo el dicho marqués  
»cartas de Vuestra Majestad, en que ofrecia  
»no olvidar nunca el servicio, obligándose  
»á pagarlo.»

QUIJ. (Interrumpiendo.)

Perdonadme, señor; mas esas citas  
de cartas de gran precio,  
do prueba tal y obligacion se marca...

CORTÉS. Las tengo yo, Quijada; y del monarca  
deben estar en la conciencia escritas.

MARTIN. (Siguiendo.) «Ni de esto ni de nada ha tenido  
»paga ni recompensa.—*Item. Por proseguir*  
»*su intento, que ha sido siempre dilatar y*  
»*acrecentar el nombre y patrimonio real por to-*  
»*do el mundo, tomó cierto asiento con Vuestra*  
»*Majestad para descubrir á su costa nuevas*  
»*tierras. Mandó construir cinco armadas, en*  
»*que se gastó doscientos cuarenta mil y tantos*  
»*ducados.*—Puso su persona en grave peligro  
»de muerte, y vió morir en la demanda deu-  
»dos suyos cercanos, é muchas personas ami-  
»gas. Y habiendo descubierto algunas tier-  
»ras, el virey le intimó no prosiguiese so-  
»pena de cincuenta mil castellanos y la  
»persona á disposicion de Vuestra Majes-  
»tad.—Vino á estos reinos á pedir remedio  
»á tantos agravios; Vuestra Majestad estaba  
»en Alemania ó Flandes, y esperó.—Vues-  
»tra Majestad á poco fué sobre Argel, y no  
»pareciéndole bien estarse quedo y no mar-  
»char donde su rey iba, fué, y no ménos  
»proveido ni el que ménos gastó de los que  
»fueron.»

CORTÉS. Prosigue.

MARTIN. Ahora que noteis espero.

CORTÉS. ¡Estoy tan abatido!...

ABAD. Un esfuerzo.

QUIJ. Valor.

CORTÉS. Sí, lo he ofrecido.

Pedid al cielo que no sea el postrero.

«Otros muchos servicios, y no de menor calidad, pudiera hacer presente, pero los calla por no dar pesadumbre á Vuestra Majestad, y porque de ellos gran parte son que particularmente tocaban á su persona y son notorios.— Por tanto, señor, á Vuestra Majestad supplica que no permita que los agravios que se le han hecho, pasen sin restitucion de sus daños y gobernacion de lo que conquistó, como todos los demas que conquistaron, pues no deja de ser una afrenta, porque el vulgo sospeche que siendo sus servicios tan notorios, haya con él esta novedad.»

(Cortés pronuncia las frases últimas con gran desfallecimiento y pena; deja caer su cabeza sobre el respaldo del sillón; y Martín que le observa, suelta la pluma, y levantándose exclama:)

MARTÍN. (¡Gran Dios!)

ABAD. ¡Señor!...

QUIJ. Firmad por vuestra vida.

CORTÉS. (Con profunda melancolia.)  
¡Triste vida en verdad!

QUIJ. (Á Martín.) Dadle la pluma.

ABAD. ¿Qué sentis?

QUIJ. (Mostrándole el memorial y la pluma que Martín le ha dado.)

¡Oh! firmad!

CORTÉS. Que va de huida  
la pobre vida que el pesar abruma!...

¡Qué tarde!... (Mirando con fijeza á Quijada.)

MARTÍN. (Señalando el sitio donde ha de firmar.)

Aquí.

CORTÉS. Cuando la noche avanza,  
la noche del no ser!... ¡Ay!...

MARTÍN. ¡Padre amado!...

ABAD. Dios es grande, señor.

CORTÉS. ¡Dulce esperanza!...

ABAD. No la dejeis morir: que no sucumba  
ese aliento esforzado.

Aun junto á vos se aspira hácia la gloria.

Sobre el hombre está Dios, y está la historia  
más allá de la nada de la tumba!

CORTÉS. ¡Dios... si, si!...

QUIJ. ¡La gloria!

CORTÉS. Esperanza vana.

ABAD. Por Dios, firmad.

MARTIN. Por mí.

QUIJ. ¡Por todos!

CORTÉS. (Rehaciéndose, suspira, ase una mano á Martin, y  
dirigiéndole una mirada expresiva, dice:)

¡Sea! (Firma.)

QUIJ. (Toma el memorial que Cortés mismo le ofrece con  
temblorosa mano, que estrecha entre la suya.)

¡Bien, señor! Esta noche, cuando ufana  
Sevilla en su recinto, que de flores  
alfombran sus leales moradores,

á Carlos Quinto su monarca vea,  
y entre el aplauso popular, contento

que, fácil es concibo  
el paso cierre á su triunfal carrera,  
llegaré á su carroza:

dejaré oír mi acento:

y firme el pie sobre el dorado estribo,  
justicia pediré. De tal manera

que por la cruz os juro de mi espada  
respuesta os volveré muy lisongero.

¡Que no fuera el monarca caballero  
ó dudara yo ser Miguel Quijada!

(Sale por la puerta derecha.)

## ESCENA IX.

DICHOS, ménos QUIJADA.

CORTÉS. (Después de algunos instantes de silencio y como  
ensimismado.)

¡Convertidas muy en breve  
ha de ver sus esperanzas

en funestos desengaños!

¡La atmósfera cortesana  
con su maléfico influjo

no ha corrompido su alma,

y presume que ha de ser  
atendida su demanda!...  
Es justa, y basta con esto  
para que sea rechazada.  
Ser fiel al emperador;  
verter en tierras lejanas  
la sangre, para aumentar  
el esplendor de la patria;  
ser español, como debe  
serlo el que nació en España,  
madre del Cid, de Gonzalo,  
de Guzman, cuyas hazañas  
atónito el mundo admira;  
no transigir con la infamia,  
rechazando con nobleza  
acciones torpes, villanas;  
son culpas que no perdonan  
esos próceres que arrastran  
su dignidad por el lodo;  
plantas ruines, parásitas,  
que viven de los favores  
que les arroja el monarca;  
que, envidiosos, con la envidia  
y á traicion, hieren y matan,  
menoscabando la gloria  
de su ascendencia preclara,  
y que á manchar sus blasones  
toda su vida consagran!

ABAD.

MARTIN.

CORTÉS.

Calmaos, señor.

Padre mío,

esa agitacion os daña.

(Esclavo de la idea que le preocupa.)

¡Qué cándida es la nobleza  
del noble Miguel Quijada!

No obstante, la que á él le sobra  
á muchos nobles le falta.

Es verdad que estos la hubieron  
por herencia, y con la espada

en los mares de las Indias

él ha sabido ganársela.

ABAD.

Señor...

CORTÉS.

(Como volviendo en sí.) Me siento abatido.

Fray Zaldivar, quebrantadas  
mis fuerzas, siento que muere  
con mi vida mi esperanza.  
¡Morir!... ¡morir!!... Cuando aun puede  
mi mano empuñar la espada...  
Cuando inmensos horizontes  
ante mi vista se ensanchan,  
en donde nuevas empresas  
pudieran ser realizadas!...  
¡Morir en este recinto,  
en donde el aire me falta!  
¡Morir lejos del estruendo  
de los campos de batalla,  
contra innúmeros contrarios  
blandiendo robusta lanza!  
¡Morir, sin hallar la tumba  
en una sangrienta charca,  
dando ejemplo con mi muerte  
á los héroes que batallan  
con sublime abnegacion  
por su Dios y por su patria....  
¡Oh, señor! ¡Cómo es posible,  
que á traicion con su guadaña,  
la vida de Hernan Cortés,  
hiera aquí la horrible parca!

ABAD.

¡Calmaos!— Mayores daños  
que la enfermedad, os causa  
la inquietud que os atormenta.

MARTIN.

El doctor cerca se halla:  
¿quereis que le llame?

CORTÉS.

Inútil  
de la ciencia la eficacia  
es ya, Martin. Por instantes  
mi pobre vida se apaga.

(Va á levantarse y cae en el asiento casi falto de  
fuerzas; prueba á incorporarse de nuevo, y entonces  
se le acerca Martin ofreciéndole un apoyo en su  
brazo.)

MARTIN. Apoyaos en mi brazo.

ABAD. ¿Dónde vais?

CORTÉS.

Junto á la cama.

(Mirando el lecho)



Más que cama hoy me parece  
una tumba improvisada.

(Vuelve sentarse.)

¡Hijo mio, no te aflijas;

Dios el término señala  
de la carrera del hombre:

si mi existencia se acaba

más que el médico del cuerpo

he menester el del ánima.

Rindo un culto merecido

á la religion cristiana

y en mi angustioso quebranto

ella me dará la calma.

(Con ternura.)

—Ven y estrecha el seno mio!...

MARTIN. ¡Padre!

CORTÉS. ¡Martin!...

(Momento de solemne silencio. Despues, deshaciéndose de los brazos del hijo, y como sobreponiéndose al dolor, dice, señalándole al propio tiempo la puerta segunda izquierda, por la que desaparece Martin, obedeciendo el mandato paterno.)

¡Basta!... Basta!...

Fray Zaldivar, no el soldado,  
el hombre está á vuestras plantas;

(Cortés va á arrodillarse y el Abad no lo permite.)

el hombre que á Dios le pide

el auxilio de su gracia.

ABAD. Él solo puede inspirarnos

santo amor, santa esperanza:

podeis hablar: yo en su nombre

escucho vuestras palabras.

## ESCENA X.

CORTÉS y el ABAD.

CORTÉS. (Revelando la fatiga á medida que habla.)

En tan solemne ocasion

débilmente y con torpeza,

no va á hablaros mi cabeza,

va á hablaros mi corazon.

Con esto os hago notar,  
que aunque causen mi tormento,  
son frases de sentimiento  
las que voy á pronunciar. (Ligera pausa.)  
Sin que nada al hombre asombre,  
amar, sufrir desengaños,  
en los juveniles años,  
esta es la historia del hombre.

(Con profundo sentimiento.)

Una flor mucho más pura  
que la gota del rocío,  
hizo esclavo mi albedrío  
de su mágica hermosura.  
No es extraño si la amé,  
que su recuerdo me abrume:  
yo su cándido perfume  
con loco afán aspiré!  
Símbolo de mi alegría  
privándome del reposo  
fué el secreto misterioso  
de mi indomable energía.  
Por ella gloria anhelé,  
por ella fama adquirí,  
por ella á Méjico fuí...  
vine á España... y no la hallé!  
Aquí su recuerdo fijo,  
mi pobre existencia labra!...  
Señor, en una palabra:  
fué la madre de mi hijo!

ABAD.

¿De don Martin?

CORTÉS.

Él ignora

(Cada vez más penoso el esfuerzo con que habla.)

su nombre y su condicion:  
es noble, y su corazón  
virtudes mil atesora.

ABAD.

¿Y vive?

CORTÉS.

(Dando á sus frases la mayor energía que pueda,  
teniendo presente su situación.)

De ella recibe  
su vida la vida mía.  
Si no he muerto todavía  
esto prueba que ella vive!

su paradero inquirí:  
pero inútil fué mi anhelo;  
sin duda le plugo al cielo  
castigar mi falta así.  
Quién es, antes que sucumba  
voy, señor, á revelar,  
pues no me debo llevar  
este secreto á la tumba.

(Desde este momento, su postracion casi le permite hablar. Sus frases han de salir de sus labios entrecortadas.)

Al hacer mi confesion  
remiso se encuentra el labio,  
pues parece que un agravio  
vá á hacerle á mi corazon.  
Mas si de mi vida el fin  
ya se acerca, como veis,  
cuando muera, le direis  
á mi hijo don Martin  
que yo, Hernan Cortés, su padre,  
mi nombre y fama le cedo...

(La fatiga le corta la palabra.)

ABAD. ¡Ánimo, señor!...

CORTÉS. (Con pena.) ¡No puedo!...

ABAD. Acabad.

CORTÉS. Y que su madre...  
es...

ABAD. ¡Un esfuerzo!... (¿Qué miro?  
¡su palidez se acrecienta!)  
¡Cortés!

CORTÉS. Mi fatiga aumenta  
la angustia con que respiro.

ABAD. ¡Hola! (Llamando.)

## ESCENA XI.

LOS MISMOS y DOÑA BEATRIZ, INÉS y ASTORGA.

ABAD. Llamad al doctor  
(Á Astorga, que se dispone á salir; pero se detiene  
al oír las primeras frases de Cortés.)

CORTÉS. Es en vano... Cuando acuda...

Si Dios no me presta ayuda...  
seré un cadáver!...

(Inclinando la cabeza.)

INES. (Acercándosele llorando y asiéndole una mano.)

Señor!...

(¡Se encuentra helada su mano!...)

CORTÉS. (Murmurando las frases.)

¡Vivir!... ¡inútil deseo!...

BEAT. (Que habrá avanzado hacia Cortés.)

¡Ah!... ¡no me engaño!... ¡Qué veo!...

¡vive! ¡es él!... ¡Dios soberano!...

ABAD. (¿Qué dice?...)

BEAT.

¡Hernando!... (¡Infeliz!...)

CORTÉS. (Incorporándose cuanto deben permitirle sus fuerzas.)

¡Hernando?... ¿Quién me ha llamado,

que su acento ha resonado

en mi corazón?... ¡Beatriz!!

¡Es posible! ¡Vuelvo á verte!...

¡Oh! no!... ¡Debo delirar!...

BEAT. (Con desesperación dolorosa.)

(Y no poderlo arrancar  
de los brazos de la muerte!...)

(Cae desfallecida á los pies de Cortés.)

CORTÉS. ¡Padre...

(Cortés se dirige al Abad como para revelar que  
aquella Beatriz es la mujer de quien antes habló.  
Pero cambia repentinamente de idea; estremecido al  
sentir que abrazan sus rodillas y gimen y lloran á  
sus pies, y llama al hijo.)

—No!... ¡Martin! ¡Martin!...

—¡Calmad, oh señor, mi duelo;

por qué si la vida anhelo

mi vida toca á su fin?

(El hijo aparece en la segunda puerta izquierda.)

¡Hijo!!



## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARTIN.

MARTIN.

¡Señor!

CORTÉS.

Si de un padre  
te priva la muerte airada,  
la que está á mis pies postrada...  
ven, y abrázala... es tu madre!...

MARTIN, ¿Qué decis? ¡madre!!...

BERT. (Partiendó el grito del alma y corriendo á abrazarla.)  
¡Hijo mio!!

CORTÉS. (Tendiéndoles los brazos.)

Venid, y en vuestro quebranto,  
preste calor vuestro llanto  
á un corazon que está frio!

BEAT. ¡Señor!

CORTÉS. (Más abatido que nunca.)

¡Ay!... Dejad que exhale  
así mi aliento postrero,  
que ya otra dicha no espero  
(Con agonía.)

que á esta inmensa dicha iguale!

Alzad á Dios la oracion...  
á Él mi espíritu le entrego!...

Dadme, padre, yo os lo ruego...  
vuestra santa bendicion!...

(Cortés inclina la cabeza y espira en los brazos de Beatriz, que sin fuerzas para sostenerle, no puede evitar que caiga al suelo. Todos se arrodillan: Beatriz á la derecha, y á su espalda Astorga; Martin á la izquierda; y el Abad en el centro. Inés va á postrarse ante el retablo que sostiene el reclinatorio. Estúdiense el cuadro)

ABAD. ¡Orad!

(Momentos de silencio, que viene á romper el eco lejano, casi perdido, de una campana que repica. Mucha discrecion y ensayo en esto.)

(Levantándose.) ¿Qué extraño rumor?...

AST.

(Que se ha quedado suspenso un instante, corre á la puerta derecha, la abre rápidamente, aplica e

oído y exclama:)

El toque de esa campana  
es de Sevilla, que ufana  
saluda al emperador.

ABAD. (Con una amargura profunda.)  
De los aires al través  
llega el eco á este recinto:  
allí vive Cárlos Quinto!...  
¡Aqui ha muerto Hernan Cortés!!

Telón.

---

## CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

*Examinado este drama (muy bien escrito),  
no hallo inconveniente en que su representacion  
se autorice.*

*Madrid 11 de Setiembre de 1867.*

El censor de teatros,  
NARCISO S. SERRA.